



AÑO LVIII

EL AMIGO DE LA INFANCIA

MADRID 8 DE MARZO DE 1931

NUM. 10



EL ESPEJO ROTO

Los pintores han dado la última pincelada a la habitación que restauran; pero no quieren irse sin dar a la doncella, enviada a ver si está todo listo, la broma tradicional del «espejo». ¡Juzgad del miedo de la pobre muchacha cuando vea una o muchas rajadas en un lado del espejo de la sala! ¿Qué va a decir la señora?

¡Y estos despiadados pintores, que no pueden tenerse de risa! Después de haber gozado del efecto producido por su farsa,

tratan, sin embargo, de remediar la desgracia, y para no prolongar el aturdimiento de la muchacha, uno de ellos pasa un trapo humedecido sobre la parte rota del espejo. ¡Oh milagro! Las rajadas han desaparecido, gracias al trapo húmedo, y la muchacha no puede creer lo que está viendo: ¡cree que ha sido una brujería!

No hay, queridos lectores, nada de milagroso, y si quereis asustar a vuestra mamá basta que tracéis sobre el espejo con

un pedazo de jabón (es preferible el moreno) unas líneas finas que representen las rajaduras; su reflexión en el vidrio las dará, alargándolas en el sentido del espesor del cristal, el aspecto de verdaderas quebraaduras; bastará que paséis una esponja húmeda, para que vuestra mamá se tranquilice y convenza de que es una broma.



A N E C D O T A



Wolfgang Mozart, célebre compositor a quien ya a la edad de quince años miraban los más eminentes músicos de su tiempo como un verdadero maestro, visitó un día a otro gran compositor, Haydn.

Después de haber cambiado entre sí algunas palabras, y bromeando, Haydn propuso a su visitante Mozart, que le escribiera una composición musical que él no pudiera tocar de primer intento.

Mozart aceptó la propuesta, pero con la condición de que el que perdiera había de pagar una comida con champán, y en el acto puso manos a la obra.

Cinco minutos después se levantó y presentó a su amigo Haydn un trozo de música, el cual, según afirmaba, no podía tocar más que él mismo.

Sorprendido de la gran facilidad aparente de la composición Haydn se puso al piano y empezó a tocar.

No había llegado aún a la mitad, cuando exclamó indignado:

—¿Qué significa esto, Mozart? ¡Vaya una broma pesada! Me dejais las dos manos en los extremos, a la derecha y a la izquierda del teclado, y pretendéis que al mismo tiempo toque una nota en el me-

dio. Necesitaba tener tres manos y esto es imposible. Y diciendo esto se levantó malhumorado

Mozart tomó entonces asiento y ejecutó prontamente las primeras notas, y llegado a la parte difícil de su composición, golpeó con las dos manos las notas altas y bajas del piano y al mismo tiempo con su larga nariz la nota colocada en el centro, inclinandose en el teclado.

Al ver esto, Haydn se echó a reír a carcajadas y se declaró vencido. Ofreció naturalmente la comida y por primera vez y probablemente la única de su vida, Mozart debió su victoria, no a su genio sino a su nariz.



P A T R I O T I S M O



No basta ser patriota cuando la patria exige que la defendamos con las armas en las manos; es necesario que nuestro patriotismo dure toda la vida, luchando tanto en la guerra como en la paz por el bienestar de nuestro pueblo.



El amor a la tierra donde hemos nacido, es natural en el corazón humano.

El grato recuerdo de la casa donde hemos pasado los días felices de nuestra niñez; las dulces reminiscencias de las personas con quienes jugamos en la infancia; la sagrada memoria de nuestros padres, etc.; todo eso nos inclina a que amemos a nuestro país

Sin embargo, eso no sirve de motivo para profesar odio o desprecio a otros pueblos.

El amor que profesamos a nuestros hi-

jos, no nos autoriza a odiar a lo hijos ajenos.

No confundamos patriotismo con patriotería. Aquel es una virtud; este es un vicio.

El patriotismo ayuda a prosperar la nación, por medio del trabajo y la paz; la patriotería provoca conflictos armados y ruína.

El verdadero patriota desea la paz, porque con ella, ve su pueblo trabajando por el bienestar común; el patriotero, provoca la revolución interna o la guerra externa, con el objeto de tener oportunidad de satisfacer mezquinas y personales ambiciones.

No creáis que vuestra patria por ser grande y poderosa, vale más que la pequeña y débil de tus vecinos.

El niño pequeño y débil, vale para su cariñosa y abnegada madre, tanto como el joven robusto y fuerte, para la mujer que lo amamantó y lo crió.

El amor a la patria nace, no del tamaño y poder de la nación, sino del cariño que toda persona de sentimientos elevados, siente hacia lo que es suyo.

No ama el rústico campesino menos a su humilde cabaña, que el millonario a su hermosa mansión palaciega.

El verdadero patriotismo está inspirado en el amor que sintamos hacia nuestro pueblo, distinguiéndolo de entre los otros, sin que eso signifique odio contra aquellos que no son nuestros coterráneos.

El patriotismo real y sano debe estar inspirado en el amor y abnegación, y no

puede ser causa de odio contra pueblo o nación alguna.

¿Amas a la tierra donde has nacido? ¿deseas que ella sea respetada y amada del mayor número posible de seres humana? ¡Tratad entonces con benevolencia y amabilidad al extranjero que convive contigo! El no podrá amar a tu patria si le desprecias y le odias.

Así como yo no puedo vivir sin la ayuda de mi prójimo, mi patria no podría subsistir sin la cooperación y ayuda de otras naciones.

Por lo tanto, tratemos a aquellos que viven más allá de la frontera de nuestra patria con justicia y cariño, conquistando sus corazones y buscando laborar junto con ellos, para provecho mutuo de su tierra y de la nuestra.

A. PEREIRA.



¡ABRE BIEN LOS OJOS!

Raquel se preparaba para ir al colegio, cuando al final de la galería vió a su tía Lucía que estaba haciendo calcetines de punto de aguja para los niños pobres del pueblo.

Era una señora muy buena y Raquel la quería mucho; siempre tenía para su sobrina cariñosas palabras y sanos consejos; Raquel corrió hacia ella, la abrazó con transporte y la dijo entre dos besos:

—Adiós, querida tía.

—Adiós, niña mía—exclamó la anciana señora—estudia bien las lecciones, sé buena y juiciosa para con tus compañeras y tus maestras y ¡abre bien los ojos!

Raquel se alejó muy preocupada preguntándose que quería decir su tía con aquella advertencia: ¡abre bien los ojos!

—¿Qué es lo que tengo que ver?—decía mirando en torno suyo.

Pasaba en este momento por delante de una zapatería, en cuya puerta estaba sentada una pobre vieja ocupada en bordar unos zapatos. Su mano temblorosa pretendía en vano enhebrar la aguja.

—¡Ah, he aquí una buena obra!—exclamó Raquel.—Ahora empiezo a comprender la advertencia de mi tía ¡abre bien los ojos! Espere usted, señora, y déjeme enhebrar su aguja.

—Muchas gracias, señorita—exclamó la pobre mujer,—ya se me acaba la vista, no veo, y aun puedo hacer alguna obra ordinaria; pero me cuesta más de cinco minutos enhebrar la aguja, lo que me hace perder un tiempo precioso. ¡Ah! añadió con un gran suspiro.—Los días son cortos, y dentro de poco no podré trabajar, ¿qué será entonces de mí?

—Dice mi tía Lucía que el buen Dios no abandona jamás a sus criaturas—contestó con dulzura la niña, comprendiendo que era demasiado joven para dar consejos por sí misma.

—Gracias, hija mía—dijo la anciana;—tienes una voz tan dulce que encanta escucharla; pero no quiero detenerte más, váyase a su colegio y cuente siempre con mi gratitud por el bien que me ha hecho.

Mientras hablaba la anciana, Raquel, registrando en el canastillo [de labor se había apoderado del canutero, ocupando sus pequeñas manos en enhebrar cuantas agujas encontró en él.

—¡Ea!—exclamó—ya tiene usted aquí

agujas enhebradas para gran rato, las dejo clavadas en la almohadilla, cuando vuelva esta tarde del colegio enhebraré otras tantas.

—Que Dios te bendiga, hermosa niña, dijo la buena anciana enternecida;—en las pequeñas obras se conocen los grandes corazones.

Cuando llegó Raquel al colegio encontró a sus compañeras jugando en el patio.

La niña era amada de todo el mundo, así fué que al verla la llamaban de todas partes.

«Ven a jugar, ven», la gritaban.

Raquel en igual de aceptar estas invitaciones, se acordó de las palabras de su tía, y abriendo los ojos, dirigió sus miradas a su alrededor, apercibiendo entonces a una de sus amiguitas, sentada en una escalera, con aspecto triste y el rostro lleno de lágrimas.

De un salto Raquel se encontró a su lado.

—¿Qué tienes, Luisa? ¿Por qué lloras?—la preguntó, sentándose a su lado y rodeándola con sus brazos.

—Es que no puedo sacar esta cuenta—respondió Luisa enseñándole las cifras que tenía en su cuaderno;—por más que trabajo no lo consigo.

Y continuó llorando.

—Déjame ver. ¡Ah, es una suma muy fácil!—decía Raquel sumando la cuenta.—Ves, ya lo encontré: te has olvidado de añadir este siete, mira.

—¡Ah, es verdad!... ¡Qué buena eres Raquel!

(Concluirá)